

La juventud en el tercer sector: redefinición del bienestar, redifinición de la ciudadanía

Luis Enrique Alonso

Universidad Autónoma de Madrid

En este artículo se trata de establecer la relación entre los cambios en la estructura social y la aparición y evolución de formas de movilización colectivas juveniles. Así, se estudia el cambio de signo que últimamente conocemos en estas movilizaciones, reflejando, en ese punto, el paso de un primer momento caracterizado por el sentido utópico, ofensivo y generalista de los referidos nuevos movimientos sociales juveniles de los años sesenta -enmarcados en el máximo desarrollo del modo de regulación económica y social fordista/keynesiano-, a un segundo momento marcado por el estilo defensivo, fragmentado o simplemente reactivo de las acciones colectivas de los ochenta y primeros noventa, conectadas directamente al tipo de segmentación y fragmentación inducidas por las dinámicas económicas y sociales postfordistas. El artículo se cierra con una reflexión sobre un actual tercer momento de las acciones colectivas juveniles -nominalmente presididas por el discurso de la cooperación y la solidaridad-, así como sobre sus repercusiones importantes (y contradictorias) para el modelo emergente de bienestar y ciudadanía.

Palabras clave: Juventud; Estado del bienestar; Voluntariado; Comunidad; Participación; Movimientos sociales.

“La juventud no es ni progresiva ni conservadora por naturaleza, sino una potencialidad dispuesta siempre a toda renovación”

Karl Mannheim (1961: 54)

“La moral sólo tiene alguna posibilidad de advenir particularmente en política, si tratamos de crear los medios institucionales de una política de la moral”

Pierre Bourdieu (1997: 225).

Introducción

El fenómeno del asociacionismo voluntario y el “tercer sector” es uno de los que con más fuerza ha entrado en los discursos mediáticos sobre los jóvenes en los últimos años (1). Por la misma naturaleza del fenómeno, puede parecer

que es más el ruido de las palabras vertidas sobre él que los resultados efectivos y evaluables para el cambio social que de manera fehaciente se están consiguiendo, pero en todo caso, el asociacionismo voluntario en el tercer sector ha modificado profundamente los esquemas tradicionales de participación ciudadana y muestra una manera novedosa, aunque seguramente

(1) Sobre la inclinación *nominal* de los jóvenes de la “Generación 2000” y su repercusión en el ámbito de los medios de comunicación puede verse el dossier del semanario *Tiempo* (nº 886, 26 de abril de 1999) sobre “Las ambiciones de la generación 2000”, donde se resalta la desconfianza de la juventud actual hacia la política, pero su defensa de las ONGs, tomadas curiosamente como las instituciones (sic) mejor valoradas por la nueva generación joven (el 57,9% de los encuestados le otorga su confianza) después de la familia y el matrimonio, sin embargo la participación declarada en alguna está por debajo del 3 por ciento de los encuestados incluso por debajo de los que se declaran afiliados a organizaciones sindicales (4 por ciento). Informes mucho más técnicos como el de Prieto Lacaci (1998) o el de la Fundación Encuentro (1999) llegan a conclusiones muy parecidas.

inquietante, de conseguir y expresar identidad para grupos juveniles generados en un entorno socioeconómico especialmente acelerado y fragmentado.

El nuevo tercer sector es un buen ejemplo de la complejización actual de lo social, hasta convertirse en uno de los más llamativos indicadores de eso que llama Anthony Giddens (1995) *sociedad postradicional*, en el sentido que mezcla instancias y esferas que a lo largo de los procesos de modernización, típicos de las sociedades industriales avanzadas habían quedado separados y formalmente delimitados, por esquemas jurídico-normativos, convenciones y hasta disciplinas académicas que tendían a inscribir en la realidad social subsistemas con funciones características bien ordenadas. El tercer sector, así, disuelve los límites cerrados de las esferas de lo social -lo público y lo privado- y desdibuja las partes seguras de nuestra sociedad occidental para crear un espacio relativamente novedoso en el que se articulan expresiones grupales de identidad, participación política, bienestar social e incluso acciones colectivas y movimientos sociales.

Por ello, este tercer sector formalmente no lucrativo nos abre importantes interrogantes -y posibles respuestas- de cómo va a ser la socialización política juvenil en un inmediato futuro y nos indica también nuevas formas de adaptación a una sociedad del riesgo -riesgo de exclusión social, riesgo ecológico, riesgo de enfrentamientos internacionales, etc (2)-, en la esfera del mundo de la vida cotidiana, de una juventud cada vez más fragmentada en sus trayectorias y posibilidades sociales. No es extraño, por tanto, que las formas habituales de construcción del discurso político en los diferentes estratos juveniles se hayan ido transformando y adaptando a formatos de baja intensidad y densidad con una cierta pérdida de coherencia y generalidad de los valores habituales

(2) Para una teorización fundamentada del concepto de sociedad del riesgo, véanse las clásicas aportaciones de Beck (1998a y 1998b) y su aplicación a los temas de política social en la interesante obra de Culpitt 1999.

atribuidos a la esfera de lo político en la modernidad. El repliegue de lo social sobre las identidades micro -en el que el minifundismo de las ONGs es el mejor ejemplo- nos abre así fenómenos de grupalidad y acción colectiva evidentemente borrosos donde la razón fuerte de la argumentación moderna -sea la razón del progreso, la crítica, la revolución o cualquier otra cosa considerada como general y objetiva por cualquier ideología "total"- se convierte en motivo personal y razón privada.

1. Movimientos juveniles radicalizados

El tercer sector actual y la participación juvenil que se produce en este espacio comunitario -entre el Estado y el mercado- es producto de un ciclo largo de evolución de la participación social juvenil y por eso es necesario para su contextualización referirse a la ya larga marcha de los movimientos juveniles, tal como los conocemos, para tomar perspectiva del momento en que hoy nos encontramos. El fenómeno de "oenegenismo" está construido en la actualidad en la confluencia de trayectorias sociales, políticas y económicas que mezclan la larga duración con respuestas a desafíos de la más radical cotidianidad, siendo resultado de la forma en que los actores producen su intervención, en un contexto que no dominan y a partir de un conjunto de conflictos en los que se identifican y tratan de producir cambio social. Las prácticas actuales son la reformulación de estrategias y convenciones pasadas por sujetos juveniles que tienen que definirse en entornos nuevos.

Así los llamados "nuevos movimientos sociales" juveniles -típicos de los años sesenta y setenta- son un producto relativamente reciente, asociados al Estado del bienestar keynesiano y a la incorporación al espacio público de clases medias radicalizadas que más que buscar derechos distributivos en un sentido económico neto -distribución económica que se presentaba como el centro mismo de los movimientos sindicales o de clase- buscaban la ampliación de los derechos de ciudadanía ligados al reconocimiento, protección y

desarrollo de la identidad de grupos cuasiadscriptivos -edad, género, etnia- no reflejados, en su diferencia específica, en el desarrollo de las luchas económicas derivadas de la división del trabajo. Estos nuevos movimientos sociales aparecidos a principios de los años sesenta, por tanto, mezclaban público y privado en un espacio de *ampliación de la política y la ciudadanía* (3), buscando que el Estado del bienestar reconociera y materializara derechos que hasta ese momento se habían contemplado en el ámbito de lo estrictamente privado.

La *inconsistencia de status* de los actores que impulsaron los nuevos movimientos sociales de los años sesenta y setenta, y muy especialmente en el caso de la juventud -principal agente animador de estos movimientos- le daba un discurso muy radical y reivindicativo a las expresiones de su acción colectiva, sin embargo, su resultado no era otro que extender el ámbito de la ciudadanía -como forma de reconocimiento e inclusión en la comunidad (Alonso 1999)- hasta un umbral en el que el conjunto de sus necesidades percibidas quedasen parcialmente recogidas como derechos sociales en las agencias del Estado del bienestar (4). La idea de vanguardia como generación joven, típica de la política y la cultura radical de las élites de principios de siglo se traspasaba ahora a los comportamientos cotidianos, representaciones estéticas y formas de vida de amplia difusión entre los movimientos juveniles generados en el ascenso de las nuevas clases medias, nacidas en el período de máximo crecimiento de postguerra y amparadas por el Estado redistribuidor de rentas y el consenso del bienestar.

El utopismo formal y estético de los nuevos movimientos sociales se sostenía así en una

(3) Para un análisis de los nuevos movimientos sociales en esta clave véase Alonso (1994).

(4) El tema de la inconsistencia de estatus -o forma de no concordancia entre todas las dimensiones materiales y simbólicas que definen un lugar en la estratificación social- como causa de radicalismo político es un clásico diagnóstico de Lenski (1969) y su aplicación a los nuevos movimientos sociales en Parkin (1968).

transformación social ligada al crecimiento de oportunidades económicas, sociales y políticas de las naciones occidentales a partir de los años cincuenta y los diferentes estratos juveniles encontraron acomodos efectivos en el radicalismo de la *cultura de la protesta* que desde las nuevas clases medias se organizaba para aumentar su peso en la ciudadanía posible (Parkin 1968), tomando una forma que era justamente la antítesis misma de los valores de las clases medias tradicionales (conservadurismo, honor estamental, puritanismo, etc.). Los movimientos juveniles que tendieron a inscribirse en el crecimiento de los nuevos movimientos sociales con la forma de *"nueva izquierda"*, sólo podrían ser extendidos en la expansión de las clases medias en una sociedad en crecimiento de oportunidades laborales, formalmente defensora del pleno empleo y en plena revolución de derechos individuales y colectivos crecientes. Los movimientos sociales juveniles no fueron ya sólo fenómenos de vanguardia intelectual -como en la época de entreguerras-, sino que se manifestaron como fenómenos de acción colectiva con presencia y acción frente a las políticas públicas, reclamando el reconocimiento por los poderes públicos de sus necesidades percibidas de manera específica. Las agencias del Estado del bienestar llevarían así al centro mismo de los esquemas distributivos de la sociedad las demandas de jóvenes que movilizados activamente trataban de que su identidad fuese tomada en cuenta en el diseño de políticas -de educación, sanitarias, de ocio- que le afectaban como colectivo específico. Los nuevos movimientos sociales juveniles de postguerra conectaban la identidad generacional de los grupos juveniles de clase media con la reivindicación de un mayor reconocimiento de derechos y titularidades generales, lo que planteaba que cualquier elemento de interés de la vida cotidiana juvenil se conectaba con el sistema de poderes políticos que instituía la vida social misma, con ello nuevos temas y sensibilidades -muy alejadas de la política de los partidos tradicionales- entraban a formar parte de la agenda política de las sociedades occidentales.

2. Entre el individualismo postmoderno y el grupalismo defensivo: tribus, subculturas y bandas

El modelo de movilización radical juvenil se tiende a romper a finales de los años setenta, donde se empieza a conocer una fuerte fragmentación y desintegración simbólica de los movimientos juveniles. Durante la década de los ochenta conoceremos, por tanto, una inequívoca transformación de las formas de participación y expresión de identidad de los movimientos juveniles, de tal forma que el bloqueo de las políticas redistributivas del Estado del bienestar y el uso disciplinario de los efectos de la reconversión y remercantilización del sistema económico, tiende a encerrar a parte importante de los grupos juveniles en situaciones testimoniales que desconectan sus reivindicaciones de reconocimiento con la construcción o la ampliación de derechos de ciudadanía para toda la sociedad. En plena crisis del Estado del bienestar y durante el replanteamiento -hacia la reducción- de los derechos sociales y distributivos por las políticas de flexibilización jurídica, económica y tecnológica, del mercado de trabajo, se rompe en gran parte la relación que vinculaba las expresiones de identidad juvenil con las políticas generales de la sociedad, en gran medida porque la *estructura de la oportunidad política* se minimiza y tiende a cerrarse (5). Esto es, la política oficial pasa a ser en esta época la encargada de llevar a cabo los mandatos de máxima racionalidad económica -mercantil- de los reajustes del modelo productivo y esto deja sin lugar las demandas de aumento de derechos y reconocimiento de necesidades que llegan desde los actores sociales. En este contexto, el retraimiento, la pérdida de referencias y la ausencia de incentivos reales para

(5) Dos análisis clásicos de la vida de los movimientos sociales en función de las oportunidades cambiantes y cíclicas que el sistema político crea para su aparición y funcionamiento, así como de la apertura o cierre de estos sistemas para su actuación, son los de Tarrow (1998) y Kriesi (1992).

la participación dado el cierre de la arena política, se hace evidente y el desencanto de lo público tiende a provocar un vuelco de las expresiones de identidad hacia lo privado. Roto así el pacto keynesiano, los compromisos cambiantes del movimiento juvenil se refugian en la *negación de los discursos generales*, el olvido de la política como lugar de interés juvenil, la exaltación del fragmento y las relaciones afectivas "micro", así como la celebración del antiutopismo y la aceptación de un descarnado realismo fatalista. El cambio de tópicos discursivos para definir la realidad juvenil se hace así evidente y la tendencia a definir las identidades juveniles como *subculturas* (6) nos avisa de un estancamiento y estancamiento defensivo de los modos de vida juveniles, hasta tal punto que el retraimiento sobre las situaciones particulares de la vida grupal de la juventud, hasta hacerla la única referencia -negando implícitamente todo lo demás-, es el indicador de un repliegue de la identidad sobre un universo simbólico pragmático y desencantado, fácil de absorber y manipular por las políticas comerciales y mediáticas. La tópica, ya, apelación a la *tribu* para definir lo juvenil a partir de los años ochenta y todo lo que ello representa -proximidad, amistad, moda, música, imagen, ocio, etc., planteados como elementos de separación social- es, por sí misma, la utilización de un tópico antiguo de la vida juvenil -sobre todo en sus manifestaciones más violentas (7)- para realzar la imagen de una actitud preconsciente de castigo por parte de la juventud a la política institucional y de apatía

(6) En Wolfgan y Ferrecuti (1973) se halla una magnífica síntesis de las aportaciones sociológicas de carácter clásico sobre el tema de las subculturas y su aplicación analítica a varios ámbitos.

(7) La literatura sobre las tribus urbanas juveniles empieza a ser impresionante; los difundidísimos trabajos de Maffesoli (1990 y 1997), son ampliados y prolongados en nuestro país con trabajos como los de Feixa (1998), Adan (1996), así como Costa y otros (1996). Para recordar la escasa novedad del tema de las tribus y bandas juveniles sólo tenemos que recordar que un libro de principios de los años cuarenta como es el clásico de Whilliam Whyte (1968) se dedicaba monográficamente al tema con innovaciones metodológicas bien conocidas.

participativa. Imaginarios sociales que conectan el microgrupo afectivo con la cultura de masas configuran un espacio juvenil fragmentado en el que la participación colectiva se hace prácticamente imposible entre la desmovilización programada desde la política institucional y la inserción laboral precaria.

Pero si la juventud en ningún caso puede definirse como una categoría abstracta o como simple grupo de edad -sin tener en cuenta el lugar en la estratificación social que ocupan los grupos de jóvenes concretos-, en el contexto de los años ochenta este aspecto se vuelve imprescindible. El aumento de la desigualdad, la crisis y adelgazamiento de las clases medias, la exclusión de colectivos laborales vulnerables y, por otra parte, de manera simétrica, la aparición de nuevas clases promocionales y meritocráticas ligadas a la nueva economía financiera y de los servicios de alto precio, son fenómenos sociales que configuran un universo social difícil para la unificación simbólica de los valores juveniles (Martín Criado 1997). Valores que tienden a dualizarse, particularizarse e individualizarse siguiendo un proceso que es paralelo al de la sociedad general en que se inscriben.

Trayectorias de clase divergentes diseñan formas juveniles de vida también divergentes -pasado el periodo de convergencia keynesiana- y esto nos remite a experiencias muy diversas en la construcción y defensa de valores identitarios (Combessie 1998).

El individualismo que se toma como referencia de la época tiende a tomar características secundarias muy diferentes según la posición de cada joven en la estructura de la desigualdad social, según su pertenencia familiar, su posición en el proceso productivo y su posesión de capital económico, simbólico y relacional. Así, un individualismo posesivo, liberal y meritocrático ha sido la seña de identidad de las fracciones juveniles bien integradas -o con buenas expectativas de integración- en la cultura postmoderna de la competitividad narcisista -generadora y consumidora de signos de distinción- propia de la sociedad de servicios tecnológicos y

financieros (8). Pero a esta trayectoria visible y manifiesta hay que añadirle trayectorias juveniles latentes y menos espectaculares, líneas de socialización que construidas sobre los efectos laborales de la desindustrialización (desempleo, empleo precario, subempleo en la economía de los servicios descualificados, etc.) se expresan en subculturas defensivas de repliegue sobre lo local, el microgrupo, las conductas ritualistas o el consumo disipativo y amnésico como el consumo de ocios relativamente baratos, de fin de semana, de signos triviales, etc. (Conde y Callejo 1994). En suma, sujetos frágiles y vulnerables que se repliegan sobre sí mismos, sin proyecto político al que acogerse -proyecto que pueda unir su situación personal con el cambio social- y que en sus formas expresivas tienden a conformar subculturas al estar cerradas las posibilidades políticas, sociales y económicas de construir formas genéricas *contraculturales* (9) como las que se formaron en el período anterior.

Por tanto, a lo largo de la década de los años ochenta y primeros noventa hemos conocido una

(8) El error habitual suele ser confundir este tipo de fracción juvenil con toda la juventud y acabar atribuyendo a la juventud en su conjunto las sensibilidades y actitudes de los que han sido mejor tratados en la crisis y postcrisis de los que años ochenta, como ejemplo sirva el trabajo de Ajuntament de Barcelona (1998) auténtica apología de una especie de desnudo integral en materias de valores y derechos colectivos y descriptor (o mejor) defensor de una juventud postmoderna, individualista y liberal para la que se proponen políticas positivas y afirmativas, quizás porque han desaparecido del análisis los jóvenes vulnerabilizados, excluidos y disciplinados por la parte más agresiva del mercado de trabajo, jóvenes que sobreviven en los espacios débiles, negativos y ocultos de esa sociedad postmoderna.

(9) Obsérvese la diferencia de las teorizaciones de finales de los años sesenta y principios de los setenta (Rosack 1976, Maffi (1975) sobre el carácter contracultural -a partir de la radicalización y politización del deseo Gillebaud (1998)- de las expresiones de identidad movilizada juvenil en la que se remarcaba jubilosamente que eran los hijos de los más favorecidos los que tomaban las posiciones más revolucionarias, y las teorizaciones -críticas o complacientes- sobre el carácter inmediatista, descomprometido, antiutópico y ocioso de la cultura juvenil de los años ochenta y primeros noventa (Imbert 1995, Maffesoli 1998), quizás porque esta cultura no es más que la respuesta al arrinconamiento participativo juvenil propiciado por la propia *violencia simbólica* del descarnado realismo economicista triunfante en la época (Bourdieu 1998).

fragmentación y desubstancialización de las formas de participación juvenil paralela a la fragmentación y dualización social general y reveladora de una cierta crisis del discurso de los movimientos sociales juveniles. El utopismo y el radicalismo que habían nominalmente mostrado grupos activos muy politizados y reclamadores de una cultura de la participación juvenil en los asuntos generales del Estado, se queda sin recambio generacional y tiende ahora a agotarse en micromovimientos de *refugio*, de defensa de identidades que se han convertido en débiles y frágiles, dada la hostilidad del medio socioeconómico. Micromovimientos que muchas veces pueden quedarse en simples actos de protesta o de supervivencia (los episodios de ocupación de vivienda, son buen ejemplo) o en el grupalismo subcultural destructivo o autodestructivo. Situación, en suma, que plasmaba los efectos sociales de un fuerte y rentable reajuste económico -con sectores favorecidos que desarrollaban e imponían sus (no) valores de competitividad, consumo privado, cultura "light", narcisismo conservador, etc.- pero, a la vez, con los derechos públicos distributivos y de bienestar bloqueados, lo que suponía el marco apropiado para generar un conjunto de subculturas juveniles defensivas, fatalistas y segmentadas.

3. El discurso de la cooperación: el asociacionismo voluntario juvenil en la reconstrucción asistencial del Estado intervencionista

Es ya bien entrados los años noventa cuando conocemos la generalización de un discurso de la participación juvenil directamente vinculado al voluntariado, el tercer sector y el asociacionismo "no gubernamental". El soporte argumentativo de la invocación al voluntariado es un discurso humanístico y genérico hasta la pura declaración de buenas intenciones, pero formalmente apolítico e incluso antipolítico que se concentra en intervenciones locales directas en el campo nacional o internacional. La llamada a la "acción voluntaria" es un reclamo a una intervención de

baja institucionalización, neocomunitaria y, en muchos casos, neopietista, que concentra sobre unos objetivos y programas parciales -muchas veces minúsculos-, invocando antes motivos personales del corazón o actos individuales de compasión que razones políticas o sistémicas generales (10).

El tercer sector, en general, y el tercer sector juvenil en particular, es un espacio minifundista de semiorganizaciones que han cristalizado desde orígenes muy diversos. Hasta tal punto que ciertas organizaciones son el resultado de la larga evolución de los nuevos movimientos sociales radicales convertidos ya en clásicos -y ahora nuclearizados y comprometidos en programas más concretos- mientras que otros responden a las lógicas más diversas, que van desde la empresarialización, más o menos encubierta del suministro de servicios de bienestar, hasta la recuperación de asociaciones confesionales históricas pasando por todo tipo de organizaciones derivadas de manera diversa de partidos políticos. (Rodríguez Cabrero y Montserrat 1996). Dos tipos discursivos tienden a circular ahora en el ámbito del sector voluntario construyendo su imagen social: el de la cooperación y el de la solidaridad, que sustituyen como referencia débil, pero central de su actuación a las llamadas fuertes a la utopía, la transformación social radical o la movilización general que caracterizaba a los procesos de participación política basados en grandes metarrelatos modernos (razón, revolución, justicia social, progreso, etc.).

Considerados como ejemplo principal de los valores asociados a la postmodernidad (Inglehart 1998), cooperación y solidaridad se integran bien en el entramado de mecanismos que sustentan los modelos de reconstrucción y redefinición del Estado del bienestar en entornos postliberales formalmente denominados como de "tercera vía" (11). En este

(10) Son clásicas, para este tema, las referencias a Bellah y otros (1989) y Wuthnow (1996).

(11) Para las transformaciones del Estado del bienestar realizadas con criterios de otorgar mayor participación a la tan traída y llevada

sentido, la cooperación muestra una preocupación juvenil por la marginación y la exclusión nacional e internacional y en su denuncia hay un intento reflexivo de disipar el riesgo de la propia marginación en una sociedad que ha hecho de ciertos sectores jóvenes uno de los colectivos más vulnerables, dependientes y débiles. Planteada como acción directa, altruista, local y espontánea y materializada en programas concretos y profesionales, *la cooperación* (sea en el ámbito nacional, sea en el ámbito internacional o "sin fronteras") tiene la virtud de no generar demasiados problemas ideológico-políticos y, sin embargo, ser un primer espacio de transición en el mercado de trabajo para jóvenes cualificados sin empleo, además de una forma relativamente barata de traspasarle a la "sociedad civil" responsabilidades que afrontadas institucionalmente tendrían un coste no aceptado por todas las instancias defensoras de la ortodoxia económica y la austeridad presupuestaria reinante.

Mezclando así individualismo y altruismo (Callejo e Izquieta 1996), el sector voluntario de los noventa ha combinado las estrategias adaptativas de ciertos colectivos juveniles para poder encontrar un acceso secundario y meritório al mercado de trabajo -como forma de adquirir cierta experiencia profesional, capital relacional, etc.- con formas de participación difusas ligadas a una política de detección y contención de riesgos sociales nacionales e internacionales que agotado el modelo de mercantilización absoluta de mediados y finales de los ochenta tiende a encontrar en el bienestar social un incentivo para la participación (12). En un universo moral utilitarista derivado de la

"sociedad civil", véanse los trabajos de dos autores muy implicados en la conformación de la llamada "tercera vía": Giddens (1999) y Dahrendorf (1998), para los efectos de asistencialización, precarización y mercantilización encubierta que este tipo de reconstrucción supone Rodríguez Cabrero (1997), y sobre el papel de las ONGs en la política social de la economía globalizada: Deacon (1999).

(12) Para este tema es fundamental el planteamiento desarrollado en el muy temprano artículo del Colectivo IOE (1990), los problemas más actuales de participación y política social se encuentran abordados desde un enfoque crítico y multidimensional en el muy interesante trabajo de Carandell y Rosenfeld (1998).

mercantilización dominante se construyen -o desempolvan- núcleos comunitaristas como reacción defensiva e integradora -y muchas veces moral y sólo moral- contra los efectos externos de un mercado desbocado generador de un enorme crecimiento económico y tecnológico, pero a la vez con costes sociales inculcables en lo que se refiere a la pérdida de igualdad y cohesión social ahora a nivel local y global.

Al presentar un fuerte discurso moral, pero con baja identidad ideológica, el asociacionismo voluntario del tercer sector tiende inmediatamente a recoger mayoritariamente los temas de marginación extrema, pobreza severa, anomia, catástrofe o alto riesgo como temas atribuidos -o incluso autoatribuidos- a su acción, lo que inmediatamente disuelve la idea de movimiento en un conjunto de *campañas* (13) beneméritas, destinadas a la periferia de lo social. El lazo que une ya inconscientemente voluntariado con buenos sentimientos e irresolubilidad social hace, en última instancia, inevitable su presencia como proveedor y distribuidor de servicios sociales al mundo de "los sin" (los sin techo, los sin papeles, los sin patria, etc.) en un reformismo mínimo *tolerado y tolerante* al que se tiende a transferir de manera aporética la legitimidad perdida del Estado del bienestar keynesiano, convirtiéndolo ahora en un Estado asistencial delegador de intervenciones mínimas para casos de extrema necesidad o exclusión social declarada (14).

La solidaridad del voluntariado se convierte así en potestativa, personal y graciable, sentimiento desideologizado y prepolítico que sin modificar los derechos distributivos y de propiedad se puede ejercer como lenitivo de los males sociales que ya se han dado por demasiado grandes para poderse resolver de manera radical. La solidaridad se

(13) Una defensa pragmatista y postmoderna de la vida política como una simple sucesión de campañas aisladas y concretas -sin más razón ni proyecto que los proyectos particulares derivados de una lógica de la situación- se encuentra en Rorty (1998).

(14) Para el debate sobre la inclusión en el ámbito de la política el mundo de "los sin", así como sobre los movimientos sociales emergentes en su entorno ver Touraine (1999) y Alonso (1999).

convierte así en sinónimo de integración social: "el resultado de esta *naturaleza dual del voluntariado*, quizá sea la 'atrofia' en su *capacidad de integración*, limitada ésta a un nivel que podríamos denominar *micro* (básicamente individual), imposibilitado por lo tanto para alcanzar un nivel *macro*, incapaz de realizar o promover reformas estructurales, y por lo tanto, impotente a la hora de subvertir la realidad social hacia esta 'utopía' solidaria que se anuncia proféticamente desde algunos textos y que se exige desde algunos despachos" (Zurdo 1996: 7).

4. Solidaridad y política: ¿Complementarios o sustitutivos?

Esta solidaridad "sin política" se viene a integrar así en la actual redefinición del Estado social del bienestar clásico (redistributivo, centrado sobre la sociedad del trabajo, movilizador de una solidaridad institucional y orgánica, etc.), gradualmente convertido en un Estado asistencial que sin entrar en la redistribución de rentas realiza políticas paliativas orientadas a la integración de grupos marginales. Un Estado que sin poder intervenir en los mercados -fundamentalmente en el mercado de trabajo-, ni alterar su flexibilidad jurídica básica, tiende a realizar políticas antiexclusión extrema o a subvencionar acciones semiprivadas de atención, protección y ayuda a colectivos extremadamente vulnerables. La situación se convierte, por tanto, en paradójica, lo no gubernamental necesita de las subvenciones de los gobiernos, los voluntarios lo son por necesidad, lo que debe ser generado desde las bases tiende a ser auspiciado y animado desde las élites oficiales y el principal argumento que lo justifica todo es que el nuevo Estado de la tercera vía tiene que ser barato y no distorsionador, para dejar al sector privado todas sus posibilidades de acción y beneficio (Rodríguez Victoriano 1999). Los diferentes grupos juveniles quedan así vinculados -como donantes o receptores- a una fragmentación azarosa de la solidaridad, una adaptación débil y postmoderna de una *solidaridad*

mecánica (15), donde deberes y derechos no quedan igualados y obligados por leyes efectivas sino por percepciones o adhesiones inestables y segmentadas. Entramos así en un período en el que parece que se da definitivamente por perdida la posibilidad de una solidaridad institucional orgánica, creación colectiva basada en la división del trabajo, el derecho restitutivo, la ley anónima, y la alta densidad moral sustentada en las posibilidades materiales de las sociedades industriales tal como se había previsto en los programas de reforma social típicos y representativos del proyecto moderno (Petrella 1997).

De esta manera el tercer sector es ya desde su origen un fenómeno *ambivalente* (16), enriquece el tejido asociativo y comunitario de lo social, pero, a la vez, fragmenta y desarticula el propio espacio de la necesidad que ocupa, sin generar mecanismos de legitimación racionales -basados en la eficacia transformadora, la obligación normativa y el alcance real de sus propuestas- y busca, sin embargo, adhesiones y consensos sentimentales en sus acciones parciales o en sus realizaciones de corto alcance. Expresión de la crisis -en gran parte provocada- de legitimación de las políticas públicas del Estado social moderno, la ambivalencia de este asociacionismo voluntario viene determinada por su imposibilidad de realizar transformaciones generales apelando sólo por la acción voluntaria de unos pocos, convirtiéndose, sin embargo, esta acción voluntaria minoritaria en la justificación para la inacción y la

(15) Evidentemente para el problema sociológico clásico de la solidaridad hay que referirse a Durkheim (1982); un análisis en términos brillantes, críticos y polémicos del tema se halla en Duvignaud (1993) y la transformación del concepto de solidaridad en su referencia al discurso actual García Roca (1998) y Zuberó (1994).

(16) El tema de la ambivalencia sociológica -tomada como conflicto no resuelto de expectativas (así como su expresión en la incongruencia entre los medios y fines y los sistemas alternativos de valores) que se asocian a una posición social- es un clásico planteamiento de Merton (1980) y no es extraño que el propio Merton aplicase su análisis a las organizaciones voluntarias. Para una generalización del tema de las ambigüedades y ambivalencias aplicadas concretamente al sector comunitario véase Alonso (1998).

despreocupación de las mayorías. Las consecuencias no queridas así pueden ser evidentes, la voluntad sin racionalidad substantiva y genérica se torna en defensiva, sin quererlo, de la conservadurización social. Por tanto, una sociedad sin minorías activas movilizadas con un cierto contenido general o "alternativo" en sus propuestas -consideradas de manera directa o indirecta como propuestas políticas- es una sociedad condenada a recluirse en un moralismo pietista o a perder cualquier valor que no se derive directamente del individualismo posesivo del mercado o de la obligación coercitiva de cumplimiento de la norma del Estado. En suma los fenómenos -declarativos- de inclusión y participación juvenil en el nuevo asociacionismo voluntario expresan una situación de reconstrucción y definición de los derechos y valores sociales, en el contexto de una reconversión parcial de los Estados intervencionistas, más orientados ahora a crear condiciones de competitividad ante los mercados que de asegurar consumos sociales redistributivos. Esto le ha dado sorpresivamente un papel sin precedentes al tercer sector al verse impelido a desempeñar -muchas veces sólo armado con buena voluntad, unas cortas subvenciones y declaraciones de altas intenciones- papeles y funciones en el bienestar y la cooperación nacional e internacional para los que estructuralmente no está preparado, cualificado, dotado, ni financiado, ni, hoy por hoy, lo puede estar porque precisamente se trata de apoyarlo desde los discursos más oficiales por su carácter de barato y no interferidor del mercado. De ahí la actual crisis de crecimiento en el sector, crisis que se deriva de asumir -entre el ruido mediático, la empresarización encubierta y la parcelación y precarización personal, profesional y organizacional- los costes sociales y de legitimación de una economía globalizada preparada para crear enormes oportunidades financieras, pero institucionalmente desprotegida también a nivel internacional para crear oportunidaes mínimas de igualdad y justicia social.

Existe pues el peligro de atribuirle a los sujetos débiles y dependientes de la sociedad -entre los que la juventud sería el más representativo- la labor de mantener una responsabilidad secundaria de la cooperación y del bienestar, mientras que se deja a los sectores más poderosos y mejor financiados sin obligación jurídica, fiscal o distributiva con respecto al bienestar general. El discurso de lo no gubernamental nos entroncaría así con la "ética indolora y mínima" (17) que defendida desde posiciones postmodernas por representar el crepúsculo del deber y el triunfo del deseo, convertiría a la red asistencial del tercer sector en una especie de red de "restaurantes del corazón" que sólo compromete al que quiere ser comprometido, en función de circunstancias individuales y frene a acontecimientos particulares -generalmente *acontecimientos* catastróficos mediáticamente difundidos (Virilio 1997)-, lo que, a la vez, tiene efectos tranquilizantes y distanciadores para una "inner society" (sociedad interna integrada) regulada por los principios éticos más elementales del individualismo y el utilitarismo hedonista interesado o por una pragmática solidaridad irónica (18).

5. Asociacionismo voluntario y democracia

El desafío del asociacionismo voluntario está, por tanto, en salir del esencialismo supuestamente apolítico de los sentimientos -la microparticipación adaptativa- para encontrar vías de conexión entre las acciones comunitarias y los

(17) El adalid de esta ética (o quizás antiética) postmoderna es por supuesto Lipovetsky (1994), su crítica está bien planteada en Renaut (1998), y con carácter de introducción a los debates que se vienen desarrollando en torno a los problemas éticos del voluntariado Domingo Moratalla (1997)

(18) Para una presentación apologética de la solidaridad tomada como una convención débil derivada del ironismo liberal y sólo comprometida con hechos cambiantes, contingentes y azarosos, pero nunca asentada sobre principios universales la clásica aportación es la de Rorty (1991) y su crítica constructiva, presentada desde posiciones de radicalismo universalista, está en Geras (1995).

modelos universales de participación, gestión y decisión pública. El potencial transformador del sector voluntario está supeditado a una clarificación de sus funciones y a una progresiva reflexión crítica sobre sus adherencias, parásitos y manipulaciones. Subproductos éstos que le han hecho tomar muchas veces al sector un perfil regresivo, entre lo gerencial privatista y el localismo neobenéfico pasando por todo tipo de usos comerciales. Por ello las comunidades reflexivas (Lash 1997) que forman el espacio mítico del tercer sector tienen un papel importante a jugar en el rearme de los valores y las virtudes públicas seriamente amenazadas -según diferentes autores y grupos ciudadanos (Etzioni 1990 y 1998)- por el despliegue de un mercado total que es incapaz de generar el más mínimo valor comunitario. Pero su papel sólo es principal -y esto para el tema de la participación juvenil- si el proceso surge de los actores, se construye desde los sujetos concretos en procesos dialógicos y se integran en el debate colectivo de las formas nacionales e internacionales de gobierno, de otra forma si el sector voluntario no es más que una reserva testimonial creada y/o amparada de forma paternalista por los poderes públicos o mercantiles el asociacionismo voluntario sólo contribuirá a la desmovilización general, disolviéndose en el mercado o deslegitimándose.

Sin embargo, el asociacionismo voluntario puede ser también un síntoma de los límites de la crisis de la democracia liberal arrinconada por el individualismo posesivo y el discurso mediático; en él hay parcelas que nos invitan a pensar en una tradición asociativa y republicanista de la democracia (19), donde

(19) Lecturas del altruismo y el voluntariado desde la sociología política son las de Funes (1995) y las de Giner y Sarasa (1997), así desde esta perspectiva el tema del altruismo cívico nos lleva al centro del concepto mismo de representación de intereses y al establecimiento de las virtudes democráticas, lo que inmediatamente pone sobre el tapete el problema de la crisis de estas virtudes y el tema de respuestas como la desobediencia civil -no se sabe hasta qué punto manifestación de la crisis o alternativa a ella-, y en este punto la referencia clásica sigue siendo Arendt (1998). Por fin para el tema de si las acciones de carácter humanitario pueden o deben tener un carácter político véase Osset (1996).

voluntad y razón se combinan en modelos de argumentación y deliberación en que los agentes no sólo pretenden ser representados sino participar en la resolución de sus problemas y los problemas que son de su comunidad, sabiendo que estos problemas son "cosa pública" es decir, pasan a tener un sentido universal y, por lo tanto, a afectar al esquema de reparto de los poderes y los derechos de propiedad (Habermas 1999). Frente al aparente discurso de lo nuevo, lo último o lo nunca visto -tan utilizado desde el ámbito de la publicidad y el marketing-, la realidad es que buena parte del asociacionismo voluntario del tercer sector en realidad no sería otra cosa que la reactivación en el contexto actual de una larga tradición de defensa de la democracia fuerte y de reivindicación de libertades positivas (20), construyendo lo colectivo desde la voluntad y la responsabilidad de las personas. Por todo esto, antes de establecer cualquier declaración maniquea sobre este asunto, en la que de manera apriorística se santifiquen o condenen las actividades del asociacionismo voluntario actual, es necesario primero explicar su génesis y evolución, contextualizarlo en un horizonte social interpretativo -como todo hecho social este fenómeno no se produce por generación espontánea, por el simple deseo de alguien, o por la necesaria evolución lineal y continua de las instituciones sociales- y luego observar de manera concreta y completa cuáles son las prácticas y los resultados reales de las diferentes organizaciones en los diferentes ámbitos, pues aquí la simple apelación a principios o declaraciones abstractas -generalmente prepolíticas- como la solidaridad, la cooperación, la paz o el bienestar son radicalmente insuficientes si no se incluyen en un ámbito de reflexión políticamente más global y en

(20) El debate sobre libertades negativas y libertades positivas tiene uno de sus puntos de arranque fundamentales en Berlin (1988), que apuesta desde su refinada posición liberal por las libertades negativas -las que se derivan de la no ingerencia en la vida de los individuos-, frente a las libertades positivas -ejercicio colectivo de autodeterminación y distribución de los recursos-; la crítica de esta postura y la vindicación de libertades positivas desde una tradición republicanista y social está en Petit (1999), y desde un asociativismo cooperativo y mutualista en Hirst (1994).

cuidadoso análisis de los efectos producidos en la estructura social.

De esta forma, el asociacionismo voluntario -y los grupos juveniles en él comprometidos-, sólo en forma de *asociacionismo crítico* pueden ser impulsores de un proceso complejo y multidimensional de reconstrucción y desarrollo de la ciudadanía como actividad crítica y responsable realizada por un conjunto de actores reales y concretos reconociéndose en un conjunto de esferas de lo social cada vez más interpenetradas, y por ello no excluyentes: "Sólo un Estado democrático puede crear una sociedad civil democrática. Sólo una sociedad democrática puede mantener la democracia en un Estado. El civismo que hace posible la política democrática sólo puede ser aprendido a través de redes de asociaciones. A su vez, las capacidades que mantienen vivas las redes deben ser promovidas por el Estado democrático" (Walzer 1998: 391).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADAN REVILLA, T. (1996): *Ultras y skinheads. La juventud visible*, Oviedo, Nobel.
- Ajuntament de Barcelona (1998): *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud; hacia una propuesta de políticas afirmativas*, Barcelona, Ajuntament/Diputació.
- ALONSO, L.E., (1994): "Crisis y transformación de los movimientos sociales en un entorno postfordista", en del Castillo, P. (Ed.): *Comportamiento político y electoral*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- ALONSO, L.E. (1998): "El sector comunitario: juventud y empleo", *Revista de Estudios de Juventud* nº 41, julio.
- ALONSO, L.E. (1999): *Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial*, Madrid, Trotta/Fundación 1º de Mayo.
- ARENDT, H. (1998): *Crisis de la república*, Madrid, Taurus.
- BELLAH, R. y otros (1989): *Hábitos del corazón*, Madrid, Alianza.
- BECK, U. (1998a): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- BECK, U. (1998b): *Políticas ecológicas en la edad del riesgo*, Barcelona, El Roure.
- BERLÍN, I. (1988): *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza.
- BOURDIEU, P. (1997): *Razones prácticas sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, P. (1998): *Contre-feux*, París: Liber/Raisons d'Agir.

- CALLEJO GONZÁLEZ, J. E IZQUIETA ETULAIN, J.L. (1996): *Los nuevos voluntarios: entre el individualismo y la solidaridad*, Valladolid, diputación de Valladolid.
- CONDE F. Y CALLEJO, J. (1994): *Juventud y consumo*, Madrid, Instituto de la Juventud.
- CARDARELLI, G. Y ROSENFELD, M. (1998): *Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales*, Buenos Aires, Paidós.
- Colectivo IOE (1990): "Participación ciudadana y voluntariado social" en *Documentación Social* nº 89, julio-septiembre.
- COMBESSIE, J.C.J. C. (1998): "Internacionalización y recomposición cultural. Generaciones y territorios", en Rodríguez Magda, R. y Africa Vidal, M.C., (Eds.): *Y después del post-modernismo ¿qué?*, Barcelona, Anthropos.
- COSTA, P.O., PEREZ, J.M.; TROPEA, F. (1996): *Tribus urbanas*, Barcelona, Paidós.
- CULPITT, I. (1999): *Social Policy and Risk*, Londres, Sage.
- DAHRENDORF, R. (1997): "Blair, el 'Nuevo Laborismo' y la vieja Europa" en *Debats* nº 61, otoño.
- DEACON, B. (1999): "Social Policy in a Gobaal Context", en Hurrell, A. y Woods, N. (Eds.): *Inequality, Globalization, and World Politics*, Oxford, Oxford University Press.
- DOMINGO MORATALLA, A. (1997): *Ética y voluntariado. Una solidaridad sin fronteras*, Madrid, PPC.
- DURKHEIM, E. (1982): *La división del trabajo social*, Madrid, Akal.
- DUVIGNAUD, J. (1993): *La solidarité. Lieux de sang et lieux de raison*, París, Fayard, 2ª ed.
- ETZIONI, A. (1990): *The Moral Dimension. Toward a New Economics*, Nueva York, The Free Press, 2ª ed.
- ETZIONI, A. (1999): *La nueva regla de oro. Comunidad y moralidad en una sociedad democrática*, Barcelona, Paidós.
- FEIXA, C. (1998): *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Ariel.
- Fundación Encuentro (199): "El tejido asociativo en España", en *Informe España 1998*, Madrid, CECS.
- FUNES, Mª. J. (1995): *La ilusión solidaria*, Madrid, UNED.
- GARCÍA ROCA, J. (1998): *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*, Madrid, HOAC
- GERAS, N. (1995): *Solidarity in the Conversation of Mankind: The Ungroundable Liberalism of Richard Rorty*, Londres, Verso.
- GILLEBAUD, J.M. (1998): *La tyrannie du plaisir*, París, Seuil.
- GINER, S. y SARASA, S. (1997): "Altruismo cívico y política social", en Giner S. y Sarasa S. (Eds.): *Buen gobierno y política social*, Barcelona, Ariel.
- HABERMAS, J. (1999): *La inclusión del otro. Estudios de teoría política*, Barcelona, Paidós.
- HIRST, P. (1994): *Associative Democracy. New Forms of Economic and Social Governance*, Cambridge, Polity Press.

- IMBERT, G. (1995): "Juventud y ocio. Hacia una cultura de la ociosidad", en *El Viejo Topo* nº 84, abril.
- INGLEHART, R. (1998): *Modernización y postmodernización. el cambio cultural económico y político en 43 sociedades*. Madrid, CIS/siglo XXI.
- JEREZ, A. (Ed.) (1997): *¿Trabajo voluntario o participación? Elementos para una sociología del tercer sector*, Madrid, Tecnos.
- KRIESI, H. (1992): "El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental", en Benedicto, J. y Reinares, F., *Las transformaciones de lo político*, Madrid, Alianza.
- LASH, S. (1997): "La reflexividad y sus dobles: estructura, estética, comunidad", en Beck, U. y otros, *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza.
- LENSKY, G. (1969): *Poder y privilegio. Teoría de la estratificación social*, Buenos Aires, Paidós.
- LIPOVETSKY G. (1994): *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Anagrama.
- MAFFESOLI, M. (1990): *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.
- MAFFESOLI, M. (1997): *Du nomadisme. Vagabondages initiatiques*, París, Le Livre de Poche.
- MAFFESOLI, M. (1998): *La conquete du present*. París, Desclée de Brouwer.
- MAFFI, M. (1975): *La cultura underground*. Barcelona, Anagrama.
- MANNHEIM, K. (1961): *Diagnóstico de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MARTÍN CRIADO, E. (1997): *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*, Madrid, Istmo.
- MERTON, R. (1980): *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*, Madrid, Espasa Calpe.
- OSSET, M. (1996): "ONGDDs. Organizaciones no-gubernamentales de denuncia y desarrollo", en *El Viejo Topo* nº 101, noviembre
- GIDDENS, A. (1995): *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Península.
- GIDDENS, A. (1999): *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Madrid, Taurus.
- PARKIN, F. (1968): *Middle class radicalism*, Manchester, Manchester University Press.
- PETRELLA, R. (1997): *El bien común. Elogio de la solidaridad*, Madrid, Debate.
- PETTIT, Ph. (1999): *El republicanismo. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Barcelona, Paidós.
- PRIETO LACACI, R. (1998): *Tendencias del asociacionismo juvenil en los años 90*, Madrid, Instituto de la Juventud.
- RENAUT, A. (1998): *El futuro de la ética*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- RODRIGUEZ CABRERO, G. (1997): "Conflicto, gobernabilidad y política social", en Giner S. y Sarasa S. (Eds.): *Buen gobierno y política social*, Barcelona, Ariel.
- RODRIGUEZ CABRERO, G. ; MONTSERRAT, J. y otros (1996): *Las entidades voluntarias en España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- RODRIGUEZ VICTORIANO, M. (1999): "Cómo nos venden el voluntariado: de los derechos sociales a la ayuda voluntaria", en *Gaceta Sindical* nº 172, febrero.
- RORTY, R. (1991): *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós.
- RORTY, R. (1998): *Pragmatismo y política*, Barcelona, Paidós.
- ROSZACK, Th. (1976): *El nacimiento de una contracultura*, Barcelona, Barcelona.
- TARROW, S. (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza.
- TOURAINÉ, A. (1999): *Comment sortir du libéralisme?*. Paris, Fayard.
- VIRILIO, P. (1997): *Un paisaje de acontecimientos*. Barcelona, Paidós.
- WALZER, M. (1998): "La idea de sociedad civil. Una vía de reconstrucción social", en Águila, R. del, Vallespin, F. y otros (Eds.): *La democracia en sus textos*, Madrid, Alianza.
- WHYTE, W.F. (1969): *Street Corner Society*, Chicago, The University of Chicago Press.
- WOLFGANG, M.E. Y FERRECUCCI, F. (1973): "Subculture of Violence: An integrated conceptualization" en Arnold, D.O. (Ed.): *Subcultures*, Berkeley, The Glendessary Press.
- WUTHNOW, R. (1996): *Actos de compasión. Cuidar a los demás y ayudarse a uno mismo*, Madrid, Alianza.
- ZUBERO, I. (1994): *Las nuevas condiciones de la solidaridad*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- ZURDO, A. (1996): *Crisis del Estado del bienestar y voluntariado social: el debate entre lo público y lo privado en la prestación de servicios sociales*, Documento de trabajo, Universidad Complutense de Madrid.